

Crónica Cervantina

Revista literaria y bibliográfica • Órgano de los Admiradores de Cervantes

Redacción: Rbla. Prat, 8, pral.
Teléfono 72.041
Administración: Balmes, 54

DIRECTOR:
D. JUAN SUÑÉ BENAGES

Suscripción trimestral:
España 3 ptas. Extranjero: 3,75
Número suelto: 1 peseta

A los suscriptores de la «Crónica Cervantina»

POR causas poderosas, los «Admiradores de Cervantes» se vieron obligados a no publicar de la «Crónica Cervantina», el número correspondiente al mes de diciembre próximo pasado, por cuyo motivo, esperan que tanto los suscriptores, como los lectores de la misma y los devotos de Cervantes, perdonarán este ligero eclipse de su importante revista, la cual como puede verse en el presente número, se ha procurado mejorar en papel y en impresión. Creemos que esta modesta reforma será bien acogida por los lectores, particularmente por aquellos que tienen la vista algo cansada a quienes tanto perjudica una continua lectura en impresos sobre papeles satinados. Así opina la Comisión de Prensa de los «Admiradores de Cervantes», y a ella se debe el cambio de papel del presente número.

También se debe a la citada Comisión de Prensa, el acuerdo que tomó de dirigirse por medio de las columnas de esta revista, a los cervantistas, literatos y a cuantos cultivan las buenas letras, para que contribuyan con trabajos literarios alusivos a Cervantes y a sus inimitables obras, o bien a otros autores clásicos, con el laudable fin de dar más amenidad a la «Crónica Cervantina», y demostrar con ello que aun hay Alonso Quijano que velan y se desvelan por las letras patrias y por la pureza del idioma.

Como reza la cabecera de este número, todos los trabajos literarios que se manden para ser insertados en la «Crónica Cervantina», deberán dirigirse a su director, don Juan Suñé Benages, Rambla de Prat, 8, pral. 2.ª, Barcelona; y la referente a la parte administrativa, a don Lorenzo de Pablos, calle de Balmes, 54.

Nuestro grabado

COMO reza en la portada del presente número, nuestro grabado es el facsímil de la que va al frente de la edición impresa en Valencia por Pedro Patricio Mey en 1605, y publicada a costa de Iuseppe Ferrer, mercader de libros.

Algo más respetuosos para con Cervantes que los censores y correctores de las ediciones lisboenses, cuyas portadas se han publicado en facsímil

en los números 2, 3 y 4 de esta revista, fué el editor o corrector de la presente, en la que, además de haber estampado todos los títulos nobiliarios que figuran en las portadas de las dos ediciones impresas por Juan de la Cuesta en el mismo año, se imprimió también la dedicatoria de Cervantes al Duque de Béjar, prólogo, versos de Urganda, sonetos y la tabla de capítulos.

En el orden cronológico de impresión ocupa el

sexto lugar y sigue el texto de la segunda edición del mismo Juan de la Cuesta, siendo sus características bibliográficas las siguientes:

Forma un volumen en 8.^o pequeño conteniendo 16 hojas preliminares sin numerar y 768 páginas.

Hoja 1.^a.—Portada.

Hoja 2.^a // + 2.—Recto. «Aprobación. // Por mandado y comission del Dotor // Genís Casanovia Pabordre de la Seo de // Valencia, y Official, y Vicario general // en el Arçobispado de Valencia y Ca // pellan de Su Magestad, ví, y reconocí el libro // intitulado. El ingenioso hidalgo don Qui-xo // te de la Mancha, Compuesto por Miguel de // Cervantes Saauedra, y me parece que no hay // en el cosa porque no se deua imprimir, y que // es libro curioso y ingenioso, y por la ver // dad lo firmo de mi mano y nombre en lesus de // Valencia a 18 de Julio de 1605. // F. Luis Pellicer, lector de // S. Theología y Diffinidor. // »

Hoja 2.^a, verso.—Empieza la dedicatoria al Duque de Béjar.

SEGUNDA EDICION DE CUESTA DE 1605

Prólogo

«Que perdone o *disimule* las faltas.»
«Debajo de mi *manto* al rey mato.»
«Ni de la *innumerabilidad*.»
«De llenaros las márgenes.»

Versos

«Ni a la alta gloria...»

Capítulo I

«Es pues de saber que este sobredicho hidalgo.»
«Sobre cual *habría* sido mejor caballero.»
«Deshaciendo todo género de *agravio*.»
«Poniéndole unas barras de hierro.»

Capítulo II

«Más que un *arminio*.»
«Como si verdaderamente *fuera* enamorado.»
«Una porción del mal remojado y peor cocido bacallao.»

Capítulo III

«Como si mal alguno hubiese tenido.»

Capítulo IV

«No por culpa mía sino de mi caballo estoy aquí tendido.»

Capítulo V

«*Abran* vuestras mercedes al señor Valdovinos.»

Hoja 3.^a, + 3, recto.—Concluye la dedicatoria.

Hoja 3.^a, + 3, verso.—Comienza el prólogo.

Hojas 4.^a a 8.^a, + 4... sigue y concluye el prólogo.

Hojas 9.^a a 13 ++... recto.—Versos.

Hoja 13, verso.—Empieza la tabla de los capítulos.

Hojas 14 a 16.—Concluye la tabla.

F. 1 a 768 páginas.—Texto, singn. A-Z-Aa-Zz-Aaa-Bbb...

Como se ha dicho al principio, sigue esta edición a la segunda de Juan de la Cuesta, corrigiendo de la misma algunas de sus erratas a cambio de otras, que no son pocas, que se estamparon de nuevo en la presente. Verdad es que tales errores van acompañados de algunas correcciones no del todo desatinadas, pero que su corrector cayó también en el imperdonable pecado de añadir y quitar caprichosamente palabras y frases que alteran lastimosamente el texto primitivo, tanto, como podrán deducir los lectores por la siguiente lista de variantes.

EDICION DE VALENCIA DE 1605

Prólogo

«Que perdone o *disimulas* las faltas.»
«Debajo de mi *mano* al rey mato.»
«Ni de la *innumerabilidad*.»
«De llenaros los márgenes.»

Versos

«Ni la alta gloria...»

Capítulo I

«Es pues, de saber que en este sobredicho hidalgo.»
«Sobre cual *había* sido mejor caballero.»
«Deshaciendo todo género de *agravios*.»
«Poniéndoles unas barras de hierro.»

Capítulo II

«Más que un *arminio*.»
«Como si verdaderamente *fuese* enamorado.»
«Una porción de mal remojado y peor cocido bacallao.»

Capítulo III

«Como si mal alguno *no* hubiese tenido.»

Capítulo IV

«No por culpa *mía*, sino de mi caballo y estoy aquí *tendido*.»

Capítulo V

«*Abren* vuestras mercedes al señor Valdovinos.»

Capítulo VI

«Sé que es más versado en desdichas que en versos.»

«Lloráralas yo, dixo el cura.»

Capítulo VII

«Que le *murasen* y tapiasen el aposento de los libros.»

«Avisó a su escudero Sancho *del día y la hora* que pensaba ponerse en camino.»

Capítulo VIII

«La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que *acertáramos* a desear.»

«Con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, *que esta es buena guerra.*»

«Y lo que en ellos parecen brazos son las *aspas.*»

«Afligiósele el corazón.»

«Y el coche debe *de ser alguna gente pasajera.*»

«Ahora lo veredes, dixo *Agrajes.*»

Capítulo IX

«De hacha y capellina.»

Capítulo X

«La parte del cuerpo que *hubiere* caído en el suelo.»

«Y para mí *los proveeré...*»

Capítulo XI

«Porque vea este señor huésped, que tenemos, *quien* también por los montes, y selvas *hay* quien sepa de música.»

Capítulo XII

«Y echaremos suertes *a* quien ha de quedar a guardar las cabras de todos.»

«Porque *vive* más sarna que Sarra.»

«Que debe de estar su ánima *a* la hora de ahora...»

«Llegando *a descubrirle* su intención qualquiera dellos...»

Capítulo XIII

«Defendiéndola con el valor de nuestros brazos.»

«Ni me pasa por pensamiento»

«Con agudos picos estaban cavando la sepultura.»

Capítulo XIV

«Llevado de *un* forzoso desvarío.»

«Y que es más libre el alma más rendida.»

Capítulo VI

«Sé que es más versado en desdichas que *no* en versos.»

«Llorarlas yo, dixo el cura.»

Capítulo VII

«Que le *mudasen* y tapiasen el aposento de los libros.» (Esta variante pasó a las ediciones de Bruselas, Amberes, Londres de 1783, y a otras).

«Avisó a su escudero Sancho *de día y la hora* que pensaba ponerse en camino.»

Capítulo VIII

«La ventura va guiando nuestras cosas mejor de lo que *acertaremos* a desear.»

«Con cuyos despojos comenzaremos a enriquecer, *esta es buena guerra.*»

«Y lo que en ellos parecen brazos son las *espadas.*»

«Afligióle el corazón.»

«Y el coche debe ser *alguna gente pasajera.*»

«Ahora lo veredes, dixo *Agrejes.*»

Capítulo IX

«De hacha o capellina.»

Capítulo X

«La parte del cuerpo que *hubiera* caído en el suelo.»

«Y para mí *la proveeré...*»

Capítulo XI

«Porque vea este señor huésped, que tenemos *aquí* también por los montes y selvas quien sepa de música.»

Capítulo XII

«Y echaremos suertes *quien* ha de quedar a guardar las cabras de todos.»

«Porque *vive* más *la* sarna que Sarra.»

«Que debe de estar su ánima, *en* la hora de ahora...»

«Llegando *a descubrir* su intención qualquiera dellos...»

Capítulo XIII

«Defendiéndolo con el valor de nuestros brazos.»

«Ni me pasa por *el* pensamiento.»

«Con agudos *y fuertes* picos estaban cavando la sepultura.»

Capítulo XIV

«Llevado de *su* forzoso desvarío.»

«*Ya* que es más libre el alma más rendida.»

Capítulo XV

«Le vino en deseo de refocilarse con las señoras *facas*.»

«Quizá será de provecho para los *quebrantamientos* de los huesos.»

«*se encaminó poco más a menos* hacia donde le pareció que podía estar el camino real.»

«Porfiaba Sancho que era venta y su amo que no, sino castillo.»

Capítulo XVI

«Dixo que *aquello* más parecían golpes que caída.»

«Cide *Hamete* Benengeli.»

«Se comenzó a *acuitar*.»

«Y *encendiendo* un candil, se fué hacia donde había sentido la pelaza.»

«El primero con quien topó fué con el apuñeado de don Quixote, que estaba en su derribado lecho.»

Capítulo XVII

«Maldecía el bálsamo y al ladrón que se lo había dado.»

Capítulo XIX

«*Perecían* de hambre.»

«A una o dos leguas de buena razón *hallarla* en él alguna venta.»

«Fué porque no pude yo saltar las paredes del corral.»

«Bien bastecida de cosas de comer. Hizo Sancho costal de su gabán.»

«A quien de su parte pidiese perdón del agravio que no había sido en su mano dejar de haberle hecho.»

«No tenían vino que beber, ni aun agua que llegar a la boca.»

Capítulo XX

«Cuyas hojas movidas del blando viento...»

«Díxole don Quixote que contase algún cuento para *entretenerle*.»

«Se *cuentan* en mi tierra todas las consejas.»

«Que parece que *ahora* la veo.»

«Se le *acabasen* sus días.»

«Tornóle a referir el *recado*.»

«Llevando, como tenía costumbre a su jumento, perpetuo compañero de sus *prósperas* y *adversas* fortunas.»

«*Suplicándole* que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese.»

Capítulo XV

«Le vino en desco de refocilarse con las señoras *hacas*.»

«Quizá será de provecho para los *quebramientos* de los huesos.»

«*se encaminó poco más o menos* hacia donde le pareció que podía estar el camino real.»

«Porfiaba Sancho que era venta y su amo que no, sino que castillo.»

Capítulo XVI

«Dixo que *aquellos* más parecían golpes que caída.»

«Cide *Mahamete* Benengeli.»

«Se comenzó a *cuitar*.»

«Y *encendió* un candil, se fué hacia donde había sentido la pelaza.»

«El primero con quien topó fué con el apuñeado don Quixote, estaba en su derribado lecho.»

Capítulo XVII

«Maldecía el bálsamo y el ladrón que se lo había dado.»

Capítulo XIX

«*Parecían* de hambre.»

«A una o dos leguas de buena razón *hallarian* en él alguna venta.»

«Fué porque no pude saltar las paredes del corral.»

«Bien bastecida de cosas de comer. Hizo el bueno de Sancho costal de su gabán.»

«A quien de su parte pidiese perdón del agravio que *habían* recibido que no había sido en su mano dejar de haberle hecho.»

«No tenían vino que beber, ni agua que llegar a la boca.»

Capítulo XX

«Cuyas hojas movidas de blando viento...»

«Díxole don Quixote que contase algún cuento para *entretenerse*.»

«Se *cuenta* en mi tierra todas las consejas.»

«Que parece que *agora* la veo.»

«Se le *acabase* sus días.»

«Tornóle a referir el *recaudo*.»

«Llevando, como tenía de costumbre, del *cabestro* de su jumento, perpetuo compañero de sus *prósperas* y *diversas* fortunas.»

«*Replicándole* que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese.»

«Alargaba cuanto podía el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante.»

«Seis mazos de *batán*.»

«Como vos los habréis visto.»

«No haya más, señor mío, replicó Sancho.»

«Doblado el cuerpo *more turquesco*.»

«Así que, desde hoy en adelante, nos hemos de tratar con más respeto.»

«Porque de *cualquiera* manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro.»

Capítulo XXI

«Dieron en otro como el que *habían* llevado el día antes.»

«Donde una *puerta* se cierra, otra se abre.»

«Ahora nos abre de par en par otra.»

«El uno tan pequeño, que ni tenía botica, ni barbero, y el otro que estaba junto a *él*, y así el barbero del mayor, servía al menor.»

«El cual *tomándola* en las manos dixo.»

«Mas *únosele* a las mientes la cólera de su amo.»

«Que es de pechos nobles y generosos no hacer caso de niñerías.»

«No lleva pergenio de volver por él jamás.»

«Dios sabe si quisiera *llevarle*, replicó Sancho, o por lo menos *trocalle*.»

«Hizo *mutatio caparum*.»

«Por el miedo en que *los* había puesto.»

«Volvieron al camino real y siguieron por él a la ventura sin otro designio alguno.»

«No puede dormir *del* dolor de la partida.»

«No sé yo como se *podría* hallar que yo sea de linaje de reyes.»

«En *haciéndote* conde, cádate cauallero.»

«Respondiéronme que era su cauallerizo.»

«Así puedes tú llevar a tu barbero.»

«Y puedes ser tú el *primero* conde que lleve tras sí su barbero.»

Capítulo XXII

«Que no le debía *ejercer* sino gente bien nacida.»

«Sacó un real de a cuatro del seno y se le dió de limosna.»

«Este buen hombre es el famoso Ginés de Pasamonte.»

«Váyase vuestra merced, señor, norabuena su camino adelante.»

Por la muestra de estas variantes echarán de ver los lectores que el corrector de la primera edición valenciana, no anduvo ni corto ni perezoso en sus correcciones, las cuales, acompañadas de las notas

«Alargaba cuanto podía el cuello y vista por entre las piernas de Rocinante.»

«Seis mazos de *batanes*.»

«Como los habréis visto.»

«No haya más, señor, replicó Sancho.»

«Doblado el cuerpo *moro turquesco*.»

«Así que, *de* hoy en adelante, nos hemos de tratar con más respeto.»

«Porque de *cualquier* manera que yo me enoje con vos, ha de ser mal para el cántaro.»

Capítulo XXI

«Dieron en otro como el que *había* llevado el día antes.»

«Donde una *parte* se cierra, otra se abre.»

«Ahora nos abre de par otra.»

«El uno tan pequeño que ni tenía botica ni barbero, *ni* el otro que estaba junto a él sí, y así el barbero del mayor, servía al menor.»

«El cual *tomando* en las manos dixo.»

«Mas *únose* a las mientes la cólera de su amo.»

«Que es de pechos nobles generosos no hacer caso de niñerías.»

«No *llevaba* pergenio de volver por él jamás.»

«Dios sabe si quisiera *llevarlo*, replicó Sancho, o por lo menos *trocalle*.»

«Hizo *mutación* caparum.»

«Por el miedo en que *los* había puesto.»

«Volvieron al camino real y siguieron por él la ventura, sin otro designio alguno.»

«No puede dormir *de* dolor de la partida.»

«No sé yo como se *podía* hallar que yo sea de linaje de reyes.»

«En *haciendo* conde, cádate cauallero.»

«Respondiéronme que era cauallerizo.»

«*Ansí* puedes tú llevar a tu barbero.»

«Y puedes ser tú el *primer* conde que lleve tras sí su barbero.»

Capítulo XXII

«Que no le debía *ejecutar* sino gente bien nacida.»

«Sacó un real de a cuatro del seno y se lo dió de limosna.»

«Este hombre es el famoso Ginés de Pasamonte.»

«Váyase vuestra merced norabuena su camino adelante.»

bibliográficas puestas al principio de este artículo, podrán servirles para conocer un ejemplar de la presente impresión aunque carezca de la correspondiente portada.

Algunas palabras que faltan en el Diccionario Académico

Hace pocos días que leí en «El Diluvio», que se publica en Barcelona, un bien escrito artículo del distinguido publicista don Antonio Maldonado Ruiz, lamentándose, y con razón, de las definiciones que aparecen en el Diccionario de la Academia Española respecto a ciertos vocablos. La misma perplejidad que tuvo el articulista al leer en el libro que *limpia, fija y da esplendor*, la definición de *Asna*, que dice ser la *hembra del asno*, que es como si dijéramos que lo es la mujer respecto del hombre, tuve yo cuando leí en el mismo la palabra *barretina* en el significado de *gorro catalán*. Y el caso no era para menos, porque a mí lo que me interesaba saber, era en qué sentido usó Cervantes esta voz en los siguientes pasajes:

«¡Vive Roque, canalla *barretina*,
Que no habéis de gozar de la cazuela
Llena de boronía y caldo prieto!»
(*La Gran Sultana*, jor. I.)

«Canalla *barretina*: si otra vez me dicen que soy dellos, no les dejaré hueso sano.» (Al fin de *El Retablo de las Maravillas*.)

Por estos dos pasajes podrán ver los lectores cuán discorde anda la Academia Española con Cervantes en la definición de *barretina*. Y no solamente discrepa en esto de los significados el Diccionario de tan docta corporación con el que ha merecido el título de monarca del habla castellana, sino que en sus páginas se omiten algunas palabras que se leen en los siguientes pasajes de sus inimitables obras.

Abiervada.

«¿Hémoslo de comprar a gallipavos,
A cántaros de arroyo y *abiervadas*,
Y botas de lo añejo tan crecidas,
Que se arremetan a ser cueros?»
(*Los Alcaldes de Daganzo*.)

Aja.

«Quisieras tú, señor, que el uno fuera
Herrero, y maestro de *aja* fuera el otro,
Y el otro polvorista, o por lo menos
Maestro de fundar artillería.»
(*La Gran Sultana*, jor. III.)

Ajuno.

«Mudaremos este pelo
De sayal con cebollinas martas.
—Procurad que sean
Ajunas, que son más finas.»
(*La Entretenida*, jor. III.)

Alfileresca.

«Picar en el sombrero la granuja,
Que el hallazgo le puso allí o la sisa,
Con la punta *alfileresca*, o ya de aguja.»
(*Viaje del Parnaso*, cap. V.)

Alicantado.

«Hay el conejo empanado,
Por mil partes traspasado
Con saetas de tocino:
Blanco el pan, aloque el vino,
Y hay turrón *alicantino*.»
(*El Rufián dichoso*, jor. I.)

Amplífico.

«¡Ojo! señor ¿con qué viene?
Bien parece que no tiene
Los *amplificos* cuidados.»
(*El Laberinto de Amor*, jor. II.)

Antojicalvo.

«¿Por qué una mujer tan hermosa ha de favorecer a un hombre *antojicalvo*?
(*El Hospital de los podridos*.)

Apacera.

«Caséme con una mujer que saqué de pecado:
púsela a ser placera; ha salido tan soberbia y de tan mala condición, que nadie llega a su tabla con quien no riña, ora sobre el peso falto, ora sobre que le llegan a la fruta, y a dos por tres les da con una pesa en la cabeza, o adonde topa, y los deshonra hasta la cuarta generación, sin tener hora de paz con todas las sus vecinas y *apaceras*.»
(*El Juez de los divorcios*.)

Apalabrado. Tampoco figura este participio que se lee en el siguiente pasaje de *La Gitanilla*: «Señora doncella, yo estoy *apalabrado* para casarme, y los gitanos no nos casamos sino con gitanas.»

Ariz.

Lo mismo ocurre con este substantivo que aparece en los siguientes versos :

«Señor, déjale, vaya ;
Que puea no por allí, que por la senda
Quedan arriz en playa.
Pon la dama.»

(La Casa de los Celos, jor. I.)

Asnátiles.

También brilla por su ausencia este adjetivo hijo de su padre *asnal*, por cuyo motivo se remite a la Academia al siguiente pasaje por si cree conveniente aprovechar dicha voz :

«Rector.—Pues ¿qué quería que hubiese ?

Secretario.—Albétares y oficiales de jalmas *asnátiles*.»

(El Hospital de los Podridos.)

Atontonelado, que significa atontado, aturdido, atolondrado, se lee en este pasaje : «*Atontonelada* te vean mis ojos, plega a Dios Todopoderoso... Bien pudiera ser *atontonelados*; como esas cosas hemos visto aquí.»

(El Retablo de las Maravillas.)

Auenticio por *venteado*, escribió Cervantes en estos versos :

«Ponte a ese corredor, que te aseguro
Que es *auenticio*, hermoso y elegante.»

(La Casa de los Celos, jor. I.)

Azotesca. Esta palabra que significa *azotaina* o número de azotes, puede verse en el siguiente pasaje : «Y estabase quedo y callando, y aun temiendo no viniese por él la tanda y tunda *azotesca*.»

(Quijote, II, cap. 48.)

Bachillear. El Diccionario académico registra *Bachiller*, *Bachilleramiento*, *Bachillerar*, *Bachillerato* y *Bachillerear*, pero no *Bachillear* que puso Cervantes en boca de Sanaón Carrasco en este pasaje : «Pues sabe que soy bachiller por Salamanca, que no hay más que *bachillear*.»

(Quijote, II, cap. 7.)

Bachillerado. Lo mismo ocurre con este vocablo que se lee en el capítulo 33 de la misma parte del Quijote : «Según me dijo Sanaón Carrasco, que, por lo menos, es persona *bachillerada* por Salamanca.»

Bodega, usado en sentido de bodegón, escribió el regocijo de las Musas en los siguientes versos :

«En resolución y en suma,
Si hay algún rancho o *bodega*,
Donde todo se consuma.»

(Pedro de Urdemalas, jor. III.)

Bosqueril parece vocablo que no gusta a la Academia ; en cambio Cervantes no se desdennó de usarlo en el siguiente pasaje : «Escupía Sancho a menudo, al parecer, un cierto género de saliva pegajosa y algo seca ; lo cual visto y notado por el caritativo *bosqueril* escudero, dijo :»

(Quijote, II, cap. 13)

Bujarra. Lo mismo sucede con esta voz que se lee en el siguiente pasaje de *La Cárcel de Sevilla* : «Hoíos, *bujarras*; no me estéis ladrando a las orejas.»

Caipaciencia aparece en los versos siguientes del capítulo VIII del *Viaje del Parnaso* :

«Un poeta, mancebo y estudiante,
Dijo : *Caipaciencia*, que algún día
Será la nuestra, mi valor mediante.»

Capipardo aplicando a los que solían llevar capa parda, se lee en estos versos :

«Estos *capipardos* son
Poetas casi los más»

(La Entretenida, jor. III.)

Carilindo. El Diccionario de la Academia registra *caridoliente*, *carifruncido*, *carigordo*, *cariharto*, *carilargo*, *carilucio*, *carilleno*, *carinegro* y *carirredondo*, pero en cambio pasa por alto el *carilindo* que el Manco sano usó en estos versos :

«¡ Que un hombre con sus barbas,
Y con su espada al lado,
Que puede alzar en peso
Un tercio de once arrobas de sardinas,
Llore, gima y se muestre
Más manso y más humilde
Que un santo capuchino,
Al desdén que le da su *carilinda*! »

(La Entretenida, jor. II.)

Compa brilla también por su ausencia en nuestra autoridad académica ; en Cervantes se lee en estos versos :

«Y ella derrama en coplas el paleo,
Compa, y vereda, y el mastranzo, y juncia.»

(Viaje del Parnaso, cap. IV.)

Corchapín es vocablo que pasa en silencio. Cervantes lo escribió en los siguientes versos:

Mas no son para ellos, *corchapines*.»

«Pasteles tengo, mancebitos hampos,

(Rufián dichoso, jor. I.)

Cortecido. Este vocablo que Cervantes aplica al árbol que tiene mucha corteza, y que no figura en el Diccionario, se lee en este pasaje: «Cuando luego se me ofreció a los ojos un *cortecido* álamo blanco.»

(Galatea, Lib. II)

Cuarentigio tampoco registra el Diccionario académico, y sospechamos sea lo mismo que *cuarenticio*, que en lo forense, según el P. Terreros, se dice del instrumento, o escritura auténtica, firme y valedera. Cervantes usó esta voz en el siguiente pasaje: «No se me hará cuesta arriba este juramento que me piden, pero quiero yo que se fiara algo de mi palabra, porque dada de tal persona como yo soy, era lo mismo que hacer una obligación *cuarentigia*.»

(El Celoso Extremeño.)

Cur es un término marino que usó Cervantes en el siguiente pasaje: «Yo me acuerdo, señor, haber visto en el mar Mediterráneo, en la ribera de Génova, una galera de España que, por hacer el *cur* con las velas, se volcó, como está ahora este bajel.»

(Persiles, lib. II, cap. 2.)

Descumplir, a pesar de figurar en el Diccionario del P. Terreros, se omite en el de la Academia. El rey del habla castellana empleó este verbo en el siguiente pasaje: «Desta gloria y desta quietud me vino quitar una señora, que a mi parecer llaman por ahí razón de estado, que cuando con ella se cumple se ha *descumplido* con otras muchas.»

(Coloquio de los Perros.)

Desembudar por soltar la voz escribió en estos versos:

«Y luego en pie y piadosa se levanta,

Y poniendo los ojos en el viejo,

Desembudó la voz de la garganta.»

(Viaje del Parnaso, cap. V.)

Desencajadamente. Este voz, que significa la descompostura del semblante de uno, ya por enfermedad o bien por algún accidente repentino, se lee en el pasaje que sigue: «Oyó la voz de la

dulce enemiga suya el desdichado viejo, y abriendo los ojos *desencajadamente*, como atónito y embelesado, los puso en ella.»

(El Celoso Extremeño.)

Dinguinduges es vocablo que aparece en estos versos:

«No me importa a mi una guinda

Pronunciar con *dinguinduges*.»

(La Entretenida, jor. III)

Disfame es vocablo que figura en el siguiente pasaje: «Pues el de la música, que era el primero y el postrer servicio que ellos podían hacerla, no les había aprovechado ni servido de más que indignarla, con el *disfame de la vecindad*.»

(La Tía Fingida)

Doncellote. Este aumentativo de *doncel* puede verse en estos versos:

«Veinte y cuatro *doncellotes*,

Todos de tomo y lomo

Venían.»

(Pedro de Urdemalas, jor. II)

Elefantil. En el Diccionario académico se registra el adjetivo *elefantino* pero no el *elefantil* que se lee en los versos que siguen:

«Porque no hay que esperar a los diez años

De aquella *elefantil* cátedra mía.»

(La Gran Sultana, jor. III)

Entumbar. Verbo que tampo figura en el Diccionario académico y que el regocijo de las Musas lo empleó en estos versos:

Vuesa cerced tan enemigo auyo.

«¿Es posible sea

Que se *entumbe*, se encubra y se traaponga

El sol hampesco?

Debajo desa sombra bayetuna

(Rufián viudo)

Escarramán. El nombre de este baile no lo registra la Academia: en cambio en su Diccionario se ven estampados los del *zambapalo* y *zarabande* y el adjetivo *zarabandista*, pero omite el de *escarramanesco* que deriva de *escarramán*, cuyo baile y otros, se lee en el pasaje que sigue: «¿Dónde se inventaron todos estos bailes de las zarabandas, zambapalos, y dello me pesa con el famoso del nuevo *escarramán*?»

(La Cueva de Salamanca)

Escarramanesco se lee también en el siguiente pasaje de la misma *Cueva de Salamanca*: «Pues en verdad, que tengo yo mis puntas y collar escarramanesco; sino que mi honestidad y por guardar el decoro a quien soy, no me atrevo a bailarle.»

Españolería. El Diccionario de la Academia registra los vocablos *Español*, *Españolada*, *Españolar*, *Españolismo* y *Españolizar*, pero no *Españolería* que se ve usado por Cervantes en este pasaje: «Llévate tú, oh Pirro, la cadena, y déjame a mí el encargo de sustentarla y de no volverla a pesar de todas sus *españolerías*.»

(*Persiles*, lib. IV, cap. 7.)

Farsista, aplicado al autor o representante de *farsas*, no se nota en el Diccionario académico; en cambio se ve usado por Cervantes en los versos siguientes:

«Vamos, que si se mejora
Mi suerte con ser *farsista*,
Seré testigos de vista
Del ingenio que en mi mora.»

(*Pedro de Urdemalas*, jor. III.)

Figurado en el sentido de representado, que omite el Diccionario, en Cervantes se lee en las dos cláusulas siguientes: «No se ven tantos rostros *figurados* en roto espejo, o hecho por tal arte.» (*Galatea*, lib. I.) «Claramente vieron *figurados* en el discurso de Lenio mil puntos de los sucesos de sus amores.» (*Galatea*, lib. IV.)

Filarete llamaban a la red que llevaban los navíos en los costados, en la cual se ponía algunas ropas para defenderse de las balas enemigas. Es vocablo que se lee en esta cláusula: «Las banderas, que venían muchas por los *filaretes*, asimismo, eran de varios colores.»

(*Persiles*, lib. II, cap. 10.)

Filisteazo. Es aumentativo de *filiateo*, ignóranse los motivos porque no lo cita la Academia, puede leerse en este pasaje: «Contándonos la historia de aquel *filisteazo* de Golias, que tenía siete codos y medio de altura.» (*Quij.*, II, cap. I.)

Fundar en el significado de *fundir* puede verse en los versos que siguen:

«Quisieras tú, señor, que el uno fuera
Herrero, y maestro de aja fuera el otro,
Y el otro polvorista, o por lo menos
Maestro de *fundar* artillería.»

(*La Gran Sultana*, jor. III.)

Gallinato. Este adjetivo que Cervantes aplica a la persona pusilánime, tímida y cobarde, en el Diccionario de la Academia se ve suplantado por *gallinoso* que le da el mismo significado que tiene *gallinato* en estos versos:

«Estas señoras del trato
Precian más en conclusión,
Un socarra valentón
Que un Medoro *gallinato*.»

(*Rufián dichoso*, jor. I.)

Garcilasista. Tampoco registra el Diccionario este adjetivo que se aplica al que admira y sigue las reglas de Garcilaso. En Cervantes se lee en los siguientes versos:

«Tan mezclados están, que no hay quien pueda
Discernir cuál es malo o cuál es bueno,
Cuál es *garcilasista* o Timoneda.»

(*Viaje del Parnaso*, cap. VII.)

Gigantazo. Este aumentativo de gigante, no tiene el honor de verse estampado en el Diccionario tantas veces mentado; Cervantes, en cambio, escribió tal vocablo en estos dos pasajes: «Este es, dirán, el que venció en singular batalla al *gigantazo* Brocabruno de la gran fuerza.» (*Quij.*, I, capítulo XXL) «Bien puede vuestra merced, señor, conceder el don que pide, que no es cosa de nada; sólo es matar a un *gigantazo*.» (*Quij.*, I cap. XXIX.)

Gobernadoresco. Cervantes usó este voz en la cláusula que va a continuación: «Por haberlo querido así el doctor Pedro Recio, natural de Tirtea-fuera, médico insulano y *gobernadoresco*.» (*Quijote* II, cap. LV.)

Gozmio, a pesar de decir el P. Terreros que significa *pazguato* ridículo, tampoco figura en el Diccionario académico. Cervantes no se desdendió de emplearlo en los versos que van a continuación:

«Pues ¿qué quiero decir, *gozmio*, camello?
Que son bellacos grandes
Los mancebitos de primer tonsura.»

(*El Laberinto de Amor*, jor. I.)

Gulosidad escribió el escritor alegre en estos versos:

«No me huela el soldado a otros olores
Ni por *gulosidad* de los sabores
Que al olor de la pez y de resina,
Traiga aparato alguno de cocina.»

(*La Numancia*, jor. I.)

Hampo, es vocablo que Cervantes, en los pasajes que siguen, aplica a los hampones:

«Pasteles tengo, mancebitos *hampos*,
Mas no son para ellos, corchapines.»
(El Rufián dichoso, jor. I.)

«Unos por hombres buenos conocidos,
Otros de rumbo y *hampo*, y Dios es Cristo.»
(Viaje del Parnaso, cap. II.)

Hipocritón. Este aumentativo de *hipócrito* se lee en los versos que van a continuación:

«No se admire, *hipocritón*,
Que el caso no lo requiere.»
(El Rufián dichoso, jor. II.)

Hombrazo. Vocablo que Cervantes aplica al hombre robusto, y lo empleó en la siguiente cláusula de Rinconete y Cortadillo: «Porque decía que era una grandísima afrenta y caso de menos valer, que dos muchachos hubiesen engañado a un *hombrazo* como él.»

Jarciar es verbo que no figura en el Diccionario, pero que Cervantes lo usó en la siguiente redondilla:

«Con las obras y la fe
Hoy para el cielo se embarca
En mejor *jarciada* barca
Que la que libró a Noé.»
(Al hábito de Fr. P. de Padilla.)

Jubes. Vocablo que empleó Cervantes en el sentido de decir en estos versos:

«Mucho, me respondió, mucho te subes
Con tus preguntas; calla y obedece.
Si haré, pues no es infando lo que *jubes*.»
(Viaje del Parnaso, cap. II.)

Llorable, según se desprende del siguiente pasaje, es un adjetivo que aplica Cervantes al que llora. «Y lo digo, que también se puede decir, que es animal *llorable*, animal que llora.» (Persiles, libro, II, cap. V.)

Lloramico, en el sentido de *gimoteo*, se ve empleado en este pasaje: «Con decir somos fulano y fulana... se acabara el cuento, y no gemidicos y *lloramicos*, y darle.» (Quij., II, cap. XLIX.)

Mercuriesco es otro adjetivo que no figura en el Diccionario; en cambio registra el *mercurial*. Anotamos el primero por si un día la Academia quiere auxiliarse de él:

«Pero viendo cumplido su deseo,
Al son de la guitarra *mercuriesca*
Hizo de la gallarda un gran paseo.»
(Viaje del Parnaso, cap. VIII.)

Moraillón. Tampoco registra el nombre de este marisco que Cervantes alude en los siguientes versos:

«Hacían de sus barbas firme aprisco
La almeja, el *moraillón*, pulpo y cangrejo,
Cual le sulen hacer en peña o risco.»
(Viaje del Parnaso, cap. V.)

Larga sería la lista de palabras usadas por Cervantes que no se ven estampadas en el Diccionario de la Academia, pero hacemos punto aquí por parecernos que bastan las anotadas para que los señores académicos tomen buena nota de las mismas con el fin de ver si son merecedoras de que entren a formar parte de nuestro léxico.

JUAN SURE BENAGES

Compra-venda de llibres antics i moderns

LLIBRERIA BALAGUÉ

Palla, 13 i 15

BARCELONA

Crónicas del Otro Mundo

Desde mi Ermita de la Montaña Americana
El Gran Milagro del Idioma Castellano

SE ha desencadenado una tormenta en un vaso de agua con motivo de la controversia que en Hollywood se formalizó respecto a si las películas sonoras en castellano, para la pureza idiomática, se debieran hacer por artistas españoles o por artistas hispanoamericanos.

Se inventó la especie de que los hermanos Quintero habían dicho «que en las 20 naciones hispanoamericanas no se hablaba el castellano y sí dialectos derivados del castellano», y dándolo por sentado, la irritación culminó en una campaña en ciernes de separatismo de las Academias Americanas de la Lengua, Correspondientes de la Academia Española.

No faltaron los que, con peor intención que acierto y suerte, quisieron envolver en la trama siniestra y perversa a renombrados escritores y Academias hispanoamericanas; pero la sensatez y la cordura, que desgraciadamente hoy rara vez logran imponerse, en esta ocasión tuvieron éxito, porque en Hollywood, los artistas españoles e hispanoamericanos (no latinoamericano), frateznizan en comunión de ideas y de verdadero arte sustantivo en pro del castellano que les es común a ambos.

Excusado creemos decir que las Academias Correspondientes de América para nada tomaron en cuenta a estos vocingleros alborotadores de gallineros, y el propósito avieso que les animó, terminó en el más ruidoso fracaso.

Y no podía ser menos, porque ni los cultísimos y habilísimos hermanos Quintero pudieron incurrir en semejante dialate, ni la Academia Española de la Lengua podía hacerse solidaria de lo que no está conforme con su procedimiento de relaciones y dictámenes para sus correspondientes en el extranjero.

El castellano, que se habla en los veinte países americanos formados por España como el que habla Filipinas y el Norte de Marruecos y los cinco millones de Sefardistas que pueblan los Balkanes, Palestina y Naciones del Norte de Europa, dista muchísimo de ser dialecto o desinencia castellana, y sí es el castellano en su prístina pureza en muchos de estos países, y en otros engalanado y enriquecido con sinónimos, modismos y desinencias que aumentan su caudal de locución, pues en

la mayoría de estos países se habla el mismo idioma que es peculiar de las regiones andaluzas y otras de España, de las que se trasluce bien claramente la procedencia ancestral de los primeros pobladores españoles que vinieron a estas Repúblicas con los conquistadores.

En naciones como Colombia y Perú, se habla un castellano rico y elegante como quizás no se habla en ninguna región de España, y recuerdo a este propósito, de labios de un cultísimo Ministro de España en Chile, quien comentando estos tópicos decíame que en Colombia le daba a veces vergüenza de decir que era el Representante de España, porque hasta los negros criados hablaban un castellano tan limpio y fino como mejor no lo hablaban los académicos, e igual tuve ocasión de comprobar en el Perú, y si en las otras Repúblicas no se conserva tradicionalmente tan puro y limpio, débese a que los primeros pobladores españoles procedieron de regiones españolas como Andalucía, en donde el castellano popular está un tanto adulterado con los modismos que imprimieron y dejaron como secuela los árabes que los dominaron ocho siglos.

No queremos mencionar la irrisible tentativa que el lunfardismo, o caló de arrabal, lenguaje bárbaro de apaches y chulos, de gente de mal vivir, ha pretendido en Argentina, por aquello de haberse criado en Buenos Aires, porque aunque escritores vanguardistas, cubistas a la violeta, excéntricos, hayan pretendido imponerlo como idioma nacional argentino, como quisieron imponer el tango histérico como baile nacional y como himno patrio, ha primado hasta ahora el buen sentido y el decoro nacional, para no permitir poner en el ridículo al país y su cultura, y aún los escritores y periódicos, que aupándose en una soberbia de pavo real, reniegan del ancestralismo español. Por algo un escritor chileno dice que los descendientes de Ciuti, el ladino criado de Tenorio, son doctores en Argentina, cuando quieren ganarse la voluntad y el prestigio ponen especialísimo esmero en pulir la frase castellana, y eso que se acuerdan de Calabria y de Rusia de donde tienen sangre familiar.

Cuba, Méjico, Venezuela, Santo Domingo y las cinco Repúblicas centro americanas como Pana-

má, dando un fuerte sonido a la J, se distinguen de la suavidad de dicción con que Chile, Uruguay, Ecuador y otros, aunque vulgarmente confunden la C con la Z y la C con la S hablan el castellano, que en Perú, Bolivia y Colombia, adquiere una pulidez y resonancia elegantísima y pulcra, al par que en la Argentina, particularmente en Buenos Aires, el populacho lo destroza bárbaramente con las sin gracia frases lunfardistas calabresas, que hicieron decir a un escritor español que dentro de cincuenta años en Buenos Aires los españoles precisarían intérprete para entender al populacho, y no por el Ché característico, que es modismo Valenciano, y que por eso en el resto de América llaman Chés a los argentinos.

Existen muchos modismos americanos peculiares igualmente en varios países y por cuyo motivo, entran de lleno o debiesen entrar en nuestro diccionario, y si bien es cierto que Andrés Bello, el venezolano, y Sarmiento, el argentino, introdujeron ciertas variantes en sus gramáticas castellanas, tales como el de la i latina por la y griega como conjunción copulativa para unir palabras, y otras, no menos cierto es que los escritores pulcros se desentienden y se atienen al menos en sus escritos a las reglas de la Academia.

Pero en ningún caso extorsionan ni el léxico, prosodia ni ortografía, los que pretenden pasar plaza de bien escritos y mejor hablados, en los actos solemnes que son los que sientan precedente y reputación de cultura.

Por desgracia, no pocos son los españoles que aquí en estos países de Hispanoamérica, aprenden a hablar el castellano que jamás hablaron y conocieron, y no pocos los que aquí perfeccionan su bárbaro lenguaje, por eso no extraña la anomalía de que yo conociese y me avergonzase de dos Ministros de España en Chile que no sabían hablar castellano, por haberse educado, el uno, en francés, que hablaba mejor que un parisién, y en inglés el otro, que podía dar lecciones al más ilustrado londinense.

Para los que como yo hemos peregrinado de apóstoles de la raza por esta Jerusalén de las glorias de España, de Filipinas, Marruecos y América entera, y con el *Quijote* como Biblia, y el báculo de nuestros idealismos cervantinos por cayado, llevando a la espalda el zurrón y la guzla del juglar de castillos ignorados, maravillados hemos quedado al ver que desde la cumbre bravía de los ocho mil metros nevados sobre el mar, que el indio sol tornasola, hasta los bosques tropicales de millones de pájaros multicolores, paraíso terrenal de 22 naciones, futuras grandes potencias

decidoras de la suerte del mundo venidero, el castellano, como idioma de esas naciones, era nuestro guía y cicerone, la llave misteriosa, el sésamo ábrete funambulesco, que nos hacía no vernos extranjeros en tan luengas como extrañas y misteriosas tierras, milagro único en el mundo hoy y mañana y por idioma otro alguno igualado, ya que el castellano es el idioma más hablado por mayor número de naciones, como no lo es ni será idioma otro alguno de los conocidos y por conocer.

Si hoy en las veinte Repúblicas hispanoamericanas, lo hablan 120 millones de seres y con España, Filipinas, que en Malolos lo reconoció idioma oficial de la futura República Filipina, y Marruecos y los Sefardistas, bien podemos decir que el castellano es hablado hoy por doscientos millones de almas, en un futuro no muy lejano, y dado el desarrollo de población que debe poblar estos 22 millones de kilómetros cuadrados de América, lógico es suponer prudencialmente que el castellano en América sólo será hablado por más de mil quinientos millones de almas, que para medio poblar las Repúblicas hispanoamericanas, se precisa y deben tener en el mañana.

Méjico, muralla de contención, dique maravilloso, defensor del diluvio que amenaza a América española, Panamá, Cuba, Centroamérica, Antillas, que son las que vecinas sufren, como tropas de choque de vanguardia, las primeras acometidas del imperialismo de ese nuevo Imperio Romano de América del Wall Street, son precisamente las mayores defensoras del idioma que como culto y religión lo profesan y custodian: de ahí las leyes sobre rótulos, propaganda y espectáculos públicos, que obligó a Hollywood a filmar en castellano, de ahí las proposiciones de Chile para un Congreso defensor del castellano y su pureza; de ahí las alertas de Universitarios y Liga Argentina; de ahí los acuerdos sobre cultivo y defensa del castellano del Congreso Americano Universitario de Habana, y de ahí que Norteamérica obligue a sus diplomáticos y militares de mar y tierra a conocer el castellano como el inglés, y de ahí que Japón, Francia, Italia, Alemania e Inglaterra, como Norteamérica, lo hayan incluido como idioma obligatorio en sus enseñanzas universitarias, no por España, confesémoslo con sinceridad, sino por el porvenir de América, Filipinas y el Norte de África, y porque mientras el inglés, único idioma imperativo categórico después del castellano, camina en descenso, porque Norteamérica no precisa más emigración, y el Indostán y colonias tienen sus idiomas aborígenes acentuados al acentuarse su emancipación ya en camino, el castellano crece y

crecerá más creciendo como de urgencia hay necesidad que crezca la población en estas veinte Repúblicas americanas y filipinas.

Un escritor francés dice últimamente, a pesar del chauvinismo, que el castellano es el idioma más bello hablado en la tierra y el cielo; y otro escritor notable, inglés, decía hace poco que si algún día se impone un idioma universal no sería otro que el castellano, no sólo por su elegancia, arrogancia y sonoridad, sino porque es el único idioma más fácil y rápido de aprender, ya que es la única lengua, que se escribe como se habla, o se habla como se escribe; sin esas encrucijadas que tienen los idiomas escritos distinto a como se pronuncian, lo que es una dificultad y defecto para su comprensión y manejo.

Alguien, quisquilloso, arguye que el inglés es más abundante en locuciones y vocablos, porque muchos nuevos elementos mecánicos modernos, de aviación y juegos deportivos, no tienen equivalentes en castellano; pero salen al paso de los que buscan manchas al sol, manifestando que el castellano, rico en vocablos de expresión como ninguno, hallará homónimos a estos términos raros, y será el castellano el idioma del imperio espiritual idiomático más grande y eterno del mundo, que no envidiará a ningún idioma, porque para adaptar esos vocablos tiene tesoros la prosodia castellana.

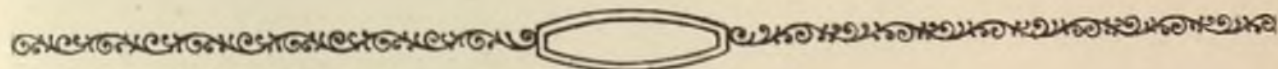
Ahora mismo leemos en *Mercurio*, de Santiago de Chile, que «en Chile, donde la tradición española tiene su solar maravilloso, todos ayudarán a la formación de la iconografía Cervantina que la Junta Organizadora del Museo Cervantino de Alcalá de Henares, quiere formar, porque Chile ve-

nera también al hombre que dió a su raza ese libro clásico, que es la Biblia de nuestros destinos». Tal es el arraigo que pese a las traidoras tormentas envidiosas y de descastados Judas vendidos por los pecadores treinta dineros de un falsa y patrañesco latinismo americano, tiene el castellano, la palanca arquimedesca más poderosa y firme que España tiene en los países de su tradición, para conservar como nueva arca de Noé en el diluvio del aluvión y Babel de razas que se disputan el sabroso banquete, que España, con dolores de madre, creó en América, toda ella descubierta, conquistada y colonizada por ella.

Se impone la incorporación en nuestro diccionario de los modismos y desinencias peculiares y universales de América, como se impone el estraviasamiento y comprensión de la literatura castellana americana, compendio y complemento de nuestra literatura castellana de España, para robustecer y agrandar la periferia del castellano, que será el Emperador más poderoso idiomáticamente en el mundo y eternamente, quien perpetuará la tradición, gloria y predicamento universal y el renombre de la cultura castellana, la que ensanchada por la cultura robusta, joven y ansiosa de conquistas de la América, asombrará con su potencialidad dominadora y se impondrá en el mundo, como ninguna otra literatura universal conocida ni por conocer y así se perpetuará el milagro del castellano que, por sí solo, tuvo méritos para no por la fuerza bruta, sino por su arte y belleza y facilidad, imponerse a los millares de idiomas de los países por España descubiertos.

JAVIER FERNÁNDEZ PESQUERO

Chile, 1930.



El teatro de Lope de Rueda, Cervantes, Lope de Vega y de otros autores

DICE Cervantes en el prólogo que puso al frente de sus comedias, que se acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación y en el entendimiento. Fué natural de Sevilla, y de oficio batihaja, que quiere decir de los que hacen panes de oro. Fué admirable en la poesía pastoril; y en este modo, ni entonces, ni después acá, ninguno le ha llevado ventaja.

En efecto, ningún comediante de aquella época

llegó a superar ni a igualar a Lope de Rueda, ni como autor, ni como representante, al que se puede llamar el patriarca de la escena española. Compónese todo el caudal dramático de este poeta, de cinco comedias, tres coloquios pastoriles y catorce pasos, que se desarrollan entre estudiantes, pajes, alguaciles, soldados, lacayos, rufianes y matones, cuyos papeles representaba Lope de Rueda a la suma perfección en sus comedias, en las cuales desenvolvía, con más o menos acierto, un argu-

mento algunas veces complicado. En ellas imita a Torres Naharro mostrándose mucho más cortés y urbano que él, aunque no tanto como la moral y el decoro pide. Por otra parte, es originalísimo en los episodios cómicos, y uno de los autores que fijan y autorizan el uso de la lengua por el profundo conocimiento que de ella tiene, adquirido no sólo en la buena lectura de buenos modelos, sino en sus continuos viajes por todas las regiones españolas; en los que, enriqueciendo su léxico, logró dar a sus composiciones tal caudal de idiotismos, giros, frases, refranes y sentencias, que sus obras se reputan como modelo de lenguaje.

Las producciones más generalmente conocidas de este autor, actor y empresario, son acaso *La carátula*, *Las Aceitunas* y *La tierra de Jauja*.

Y añade Cervantes en el mentado prólogo: «Murió Lope de Rueda, y por hombre excelente y famoso, le enterraron en la iglesia mayor de Córdoba, donde murió... Sucedió a Lope de Rueda, Naharro, natural de Toledo, el cual fué famoso en hacer la figura de un rufián cobarde. Este levantó algún tanto más el adorno de las comedias, y mudó el costal de vestidos en cofres y en baúles; sacó la música, que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público; quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguna representaba sin barba postiza, y hizo que todos representasen a cureña rasa, si no era los que habían de representar los viejos u otras figuras que pidiesen mudanza de rostro. Inventó tramoyas, nubes, truenos y relámpagos, desafíos y batallas; pero esto no llegó al sublime punto en que está agora.»

Mas a pesar de esto que dice aquí Cervantes, el teatro continuaba en su estado primitivo, tanto, que él mismo confiesa que redujo las comedias a tres jornadas, de cinco que antes tenían. Se ve, pues, por estas palabras del príncipe de los ingenios españoles, que la escena española continuaba aún en mantillas, y no salió de ellas, hasta que entró en la misma «el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica; avasalló y puso debajo de su jurisdicción a todos los farsantes; llenó el mundo de comedias, felices y bien razonadas, y tantas, que pasan de diez mil pliegos los que tiene escritos, y todas, que es una de las mayores cosas que puede decirse, las ha visto representar u oído decir, por lo menos, que se han representado».

Los que se han empeñado en sostener que entre Cervantes y Lope de Vega había rivalidad y reinaba la envidia entre ellos, no dejarán de reconocer que las palabras que se acaban de copiar, son una merecida alabanza hacia quien improvisó la que

podríamos llamar la comedia popular y literaria, la histórica y la caballeresca, pintando, en unas y otras, mil aventuras fantásticas con maravillosas y sorprendentes pinceladas.

Las comedias del Fénix de los ingenios españoles pueden dividirse en varias clases, a saber: Las de costumbres, en las que más se acercó a Terencio y a Plauto, imitando en ellas sobradamente la licencia de los antiguos cómicos; las comedias de intriga y amor, llamadas generalmente de capa y espada, en cuyo género, por su originalidad, no tuvo rival; las que tratan de asuntos pastoriles, en las cuales supo imitar de un modo acabadísimo la *Aminta* de Torcuato Tasso y el *Pastor Fido* de Guarini; la comedia heroica o de sucesos creídos como verdaderos, tales como la historia de *Bernardo del Carpio*; las referentes a asuntos mitológicos, las de filosofía o ideal, las de santos y buen número de autos que caen de lleno dentro del género dramático. También cultivó con gran éxito la tragedia, y si bien es verdad que en algunas de sus composiciones se nota el descuido y desigualdad en la forma, hase de convenir, a pesar de tales defectos, que él fué quien creó y fijó, hablando con propiedad, el teatro nacional, el teatro verdaderamente español.

La fecundísima labor de Lope de Vega, llena de gran intensidad dramática y avalorada por flúidos y armoniosos versos de estilo y gusto literario irreprochable, fué el motivo que todas las composiciones teatrales del famoso Lope de Rueda y las de sus imitadores, como las de Juan de Timoneda y de otros autores tan distinguidos en el arte dramático, como eran en aquellos tiempos Juan de la Cueva, Miguel Carvajal y Cristóbal de Virués. Hasta las tragedias *La Isabela*, *La Filia* y *La Alejandra* de Lupericio Leonardo de Argensola, de las que dijo Cervantes en el capítulo XLVIII de la primera parte de su inmortal *Quijote*, que admiraron, suspendieron a todos cuantos las oyeron, corrieron la misma suerte.

Hasta las obras teatrales del propio Cervantes fueron arrinconadas por la fuerza avasalladora de las del Fénix de los ingenios, por cuya causa se vieron relegadas casi a perpetuo olvido *Los Tratos de Argel*, *La Numancia*, *La gran Turquesca*, *La de Mayo*, *El Bosque amoroso*, *La Unica* y *La bizarra Arsinda*, y otras muchas; pero la que más estimaba y dice él que tenía en alto aprecio, fué de una llamada *La confusa*, la cual añade en la *Adjunta al Parnaso*, «con paz sea dicho, de cuantas comedias de capa y espada, hasta hoy representadas, bien puede tener lugar señalado por buena entre las mejores.» Por el mismo motivo se vió

obligado a escribir al fin del prólogo que puso al frente de sus comedias y entremeses las siguientes palabras: «En esta sazón me dijo un librero que él me las comprara si un autor de título (quizá es alusión al propio Lope de Vega) no le hubiera dicho que de mi prosa se podía esperar mucho, pero que del verso, nada; y si va a decir verdad, cierto que me dió pesadumbre el oírlo, y dije entre mí: «O yo me he mudado en otro, o los tiempos se han mejorado mucho»; sucediendo siempre al revés, pues siempre se alaban los pasados tiempos. Torné a pasar los ojos por mis comedias y por algunos entremeses míos que con ellas estaban arrinconados, y ví no ser tan malas ni tan malos que no mereciesen salir de las tinieblas del ingenio de aquel autor, a la luz de otros autores menos escrupulosos y más entendidos. Aburríme y vendíselas al tal librero, que las ha puesto en la estampa, como aquí te las ofrece; él me las pagó razonablemente; yo cogí mi dinero con suavidad, sin tener cuenta con dimes ni diretes de recitantes; querría que fuesen las mejores del mundo, o a lo menos razonables; tú lo verás, lector mío, y si hallares que tienen alguna cosa buena, en topando aquel mi maldiciente autor, dile que se enmiende, pues yo no ofendo a nadie, y que advierta que no tienen necedades patentes y descubiertas, y que el verso es el mismo que piden las comedias, que ha de ser, de los tres estilos, el ínfimo, y que el lenguaje de los entremeses es el propio de las figuras que en ellos se introducen, y que para enmienda de todo esto le ofrezco una comedia que estoy componiendo y la intitulo: *El engaño a los ojos*, que si no me engaño, le ha de dar contento.»

¿Sería aventurado afirmar que tales palabras son alusivas a Lope de Vega? Tienen la palabra para contestar a tan importante pregunta, los doctos y eruditos cervantistas; los versados en achaques cervánticos.

Claro que el monstruo de naturaleza encontró en su camino autores que dieron al traste con toda la balumba de sus producciones escénicas y de su teatro. Débase tal milagro, en primer lugar, al reverendo P. Fray Gabriel Téllez (Tirso de Molina), cronista de la Orden de la Merced, enemigo de

Góngora, a la vez que gran amigo de Cervantes y de Lope de Vega, que ha pasado a la posteridad como asombroso poeta cómico de costumbres y de carácter, así en sus producciones villanescas como en las palaciegas.

La división que puede hacerse de las obras que componen su teatro, son de costumbres heroicas, comedias a lo divino y autos sacramentales tan buscados hoy día, mereciendo figurar en sitio preeminente *El Burlador de Sevilla*, personalidad viva como *Otelo*, *Romeo y Julieta* y *Hamlet*, que después de haber recorrido todos los teatros de Europa, vuelve a España, en la que el *Don Juan Tenorio* y *El Desafío del Diablo*, mantienen fresca aún la tradición del *Burlador*. *Don Gil de las calzas verdes*, comedia magistral de enredo; *Marta la piadosa*, ante la que aparece soporífero el *Tartufo*, y *El Condenado por desconfiado*, obra maravillosa en que las verdades cristianas revisten forma artística, sin que menoscabe la pureza del dogma, son otras tantas joyas de Tirso de Molina.

Otro factor importante que ayudó a obscurecer la aureola que gozaba el gran Lope de Vega como autor dramático, fué don Pedro Calderón de la Barca, quien puede rivalizar con los mejores autores en lo cómico, venciendo a todos los de su tiempo en lo trágico. Fuera difícil escoger el mejor de sus dramas. *La Vida es Sueño* pertenece a los simbólicos. En los románticos, sobresalen en primer término *A secreto agravio secreta venganza*, *El Pintor de su deshonra*, y señaladamente su inimitable *Alcalde de Zalamea*.

Los autos sacramentales pueden definirse como representación alegórica del misterio de la Eucaristía, cuyo remate lo constituyen hostia y cáliz, que es el drama propiamente simbólico del teatro castellano, nueva y peregrina forma artística, en la que campean los diálogos, romances, villancicos y glosas devotas dispuestas en pocas escenas, sin lazo lógico ni extremo, era todo el artificio de los autos sacramentales antes de Calderón, en cuyo género llegó a las cimas más altas del arte simbólico, el cual desapareció al bajar a la tumba el gran poeta dramático.

EL LICENCIADO PEZUÑA



Glosas del Quijote

LOS GALEOTES

A ti, la idealidad más pura y bella :
tú, que eres honra y prez de nuestros lares :
a ti, hidalgo sin par, sublime hidalgo,
pide perdón mi pluma al elogiarte.
Insigne don Quijote de la Mancha,
caballero inmortal mil veces grande :
perdona que mi pluma torpemente
hoy las hazañas tuyas glose y cante.

* *

Departen don Quijote y Sancho Panza,
mientras marcha mohino Rocinante
y el rucio filosofa, caminando
fielmente a su detrás, sin esforzarse.
En peregrina marcha, maniatados,
divisan hasta doce miserables
ensartados cual cuentas de rosario,
por pesada cadena denigrante.
Ginés de Pasamonte, marcha entre ellos,
malandrín y ladrón ; y no va en balde
atados pies y manos y hasta el cuello,
porque así su merced quiso ordenarle,
que tan grandes bellacos como éste
de la Santa Hermandad pueden burlarse,
ya que es fino su ingenio, y reincidente,
y un costal de malicias y maldades.
Al verlos, Sancho, a don Quijote, dice :
—Del Rey forzada gente se me hace
y que van a galeras por castigo.
—¿Es posible que el Rey pueda forzarles ?
—pregunta don Quijote—.

—Lo decía,
porque ninguno va de buen talante,
sino forzados y a cumplir condena.
—Que de por fuerza no haga nada nadie
soy yo del parecer, ¡ oh, Sancho amigo !,
y por ellos preciso interesarme.
Esto dice y se dirige al Comisario,
con frase comedida, a preguntarle
el por qué cada cual va de esta suerte.
Le autoriza gustoso a interrogarles
y uno a uno su delito cuentan
al hidalgo, que apenas sus detalles.
Llámale la atención por tan atado,
Ginés de Pasamonte, y por él sabe,
que tiene un libro escrito, que es su Vida,
y que dejó empeñado ahora en la cárcel.
—Hábil pareces—, dice don Quijote—.

—Y desgraciado—, Ginesillo añade—.
Desgracia persiguió siempre al ingenio.
—Persigue a los bellacos—, Hace exclame
el Comisario en tono despectivo—.
—Andese con cuidado al explicarse,
—le responde Ginés—porque esa vara,
se la dieron con fin que nos guiase,
y no para que vos abuséis de ella
y a mansalva a los pobres nos maltrate ;
si no, ¡ por vida de... !

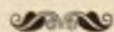
El comisario
al oír a Ginés, va a castigarle ;
avanza don Quijote y lo detiene
y vuélvese a los presos arrogante :
—De todo cuanto aquí me habéis contado,
yo vengo en resumir, y ello me place,
que contra voluntad y de por fuerza
de la forma en que váis os encontraré.
Y pues sabido es, que, por el juicio
del juez, que puede ser torcido en parte,
no se os hace justicia cual merece,
el cielo me envió a mí, para otorgarle
el cuitado favor, y a los opresos
por la injusta justicia de los grandes :
que al que Dios y natura libre le hizo,
no sé por qué hay derecho a esclavizarle.
Siendo así, por favor, pido ahora mismo
al señor Comisario y los guardianes,
lo que pedir por fuerza bien podría :
que os dejen en paz y que os desaten,
porque tenga un favor que agradecerles
y no tenga mi espada en qué emplearse.
Irónico contesta el Comisario :
—¡ Los forzados del Rey, por él soltarles !
Arréglese el bacín de la cabeza
y siga su merced camino adelante,
no le busque, al final, tres pies al gato.
—Vos sois el gato, indigno, y el bellaco ;
—responde don Quijote—y al instante,
de una lanzada, al suelo, malherido,
el Comisario del caballo cae,
y se quedan atónitas las guardas,
sin saber lo que hacer en este trance.
Reaccionando después, espada en mano,
queriendo de la ofensa así vengarse,
a don Quijote atacan y él aguarda,
lanza en ristre, sin temor a nadie ;
aunque mal lo pasare si no fuera
porque Sancho, a Ginés, logra soltarle,
que coge la escopeta del caído,

de la cadena el resto al escaparse,
y a pedradas los unos y apuntando
la escopeta Ginés, sin dispararles,
hace poner los pies en polvorosa
al Comisario, al par que a los guardianes.
Llama a los galeotes esparcidos
don Quijote, y así comienza a hablarles :
—Ya habéis visto, señores, claramente,
cuanto puede mi brazo, y no os alarme,
que si agradece siempre el bien nacido,
sea mi voluntad y yo os demande,
que vayáis al Toboso a presentaros
a mi señora Dulcinea y digáisle,
punto por punto cuanto aquí habéis visto,
ya que a ella debéis si hice este alarde.
Le responde Ginés de Pasamonte :
—Señor libertador : yo, al contestarle,
sólo os sabré decir, que agradecido
haría cuanto vos me demandase,
si es que estuviera en mi poder hacerlo :
¡mas que unidos vayamos a explicarle
a su señora cuanto aquí hemos visto,
y la Santa Hermandad de nuevo atrape
a los que libres ya hemos de huirle,
no es posible, señor ! Si quiere, cambie
su demanda, y rezar por ella habremos
todos los padrenuestros que queráis,
huyendo siempre y en lugar seguro.
Yo ruego a su merced, que vea y repare,
que eso es como pedir peras al olmo
o que lo negro blanco se tornase.
—Pues voto a tal, don hijo de la p...,
que habréis de ir vos solo a presentaros,
cargando la cadena a vuestra espalda !
Esto dice, y Ginés, corre y se evade,
y, avisando a los suyos, una lluvia
de piedras sobre don Quijote cae,
mientras Sancho se escuda en su jumento,
esperando que así la lluvia pase.
Viene a tierra por último el hidalgo,
le quita la bacía el estudiante,
y le muele la espalda sin conciencia :
¡ así pagando el bien tales truhanes !

El cura, que por Sancho está enterado,
queriendo a sus palabras dar realce
de crítica, le dice a don Quijote,
un tanto sentencioso, en tono grave :
—Cuando pasaba ayer tranquilamente,
con maceas Nicolás, estos lugares,
salíéronme hasta cuatro malhechores
y a la par que al barbero a mí robáronme.

Enteréme después eran galeotes
los que de aquesta forma nos tratasen,
y es fama de que un loco, aunque valiente,
fué quien les libertó. ¡ Esto lo hace,
o un hombre sin alma y sin conciencia,
o un bellaco ruin que no repare
que es ir contra su Rey y contra el orden,
y que es indigna acción, es infamante !
—Paréceme—, replica don Quijote—
del señor licenciado al expresarse,
ignore aun el por qué existe en el mundo
la profesión de caballero andante.
Sepa vuestra merced, que yo no debo
averiguar por qué, ni aun enterarme
las culpas que tuvieran los opresos.
Cumpliendo mi deber, me es solo dable,
el saber que no son sino afligidos
a quien debo en sus penas ayudarles,
no mirando sus culpas exigente,
sino haciéndoles bien. Y no os extrañe,
que donde haya atropello o injusticia,
mi lanza siempre la razón proclame.
Ea, pues, mi religión, hacer bien siempre,
pues lo han menester y ha de faltarles,
al pobre y al caído sin nosotros.
Y al que le sepa mal, dejando aparte
la santidad del hábito que viste
vuestra merced, señor, debo aclararle,
que es un hijo de p... mal nacido,
o miente como tal, pues que no sabe
que es mi espada justicia y que con ella
se lo haré conocer en todas partes.

Dijo así, y afirmóse en los estribos
con brío, disponiéndose al combate.
¡ Oh, sublime hidalguía la del loco !
¡ Oh, la injusta justicia de los grandes !



TRISTE EPOPEYA

La playa sonriente y juguetona,
que protege Montjuich paternalmente,
siente en su arena la pisada tarda,
de un caballo inmortal por su jinete.
Ea, pues, el caballero, don Quijote,
que sale a pasear. Armado viene,
y marcha Rocinante entristecido
como si un mal tropiezo presintiese.

El hidalgo, admirando la belleza
del sitio, en pensamientos se entretiene :
la inmensidad del mar es el antípoda
de la seca llanura en que naciere,
y grandes, como el mar, son sus amores,
pues es de Dulcinea hasta la muerte.

..

Se distingue a lo lejos muy gallardo
a otro caballero, que suspende
la lanza airoso y con supremo brío ;
una luna en su escudo resplandece.
Avanzando arrogante, muy sereno,
se acerca a don Quijote cortésmente :
—Insigne don Quijote de la Mancha,
y jamás alabado como debe :
el caballero de la Blanca Luna,
y por la fama que en el mundo tiene,
viene hoy dispuesto a contender contigo,
tus fuerzas a probar. ¿Razón? Hacerte
confesar ahora mismo, que mi dama,
sea del natural de que ésta fuere,
le gana en hermosura a Dulcinea
del Toboso, y en mucho felizmente ;
la cual verdad si tú ahora confiesas,
será la forma de escusar tu muerte
y el trabajo que yo tomare en dártela,
que no te pido más, si yo venciere,
que al momento te dejes de las armas
y a tu aldea por un año te reintegres.
—¡ Oh, caballero de la Blanca Luna ! :
¡ si vos, a Dulcinea conociéseis,
no os pusiérais jamás en tal demanda !
La belleza mayor, la empequeñece
ella ; es, pues, la sin par, y otra no hay.
Acepto el desafío cual quisiérades,
omitiendo no más lo de la fama :
con la mía me contento, y mal parece

el cargar con la vuestra que yo ignoro,
si responde mi brazo y yo venciere.

..

De la ciudad al distinguirse, acude,
junto con don Antonio, el Visorrey,
y al saber que se trata de hermosura,
a que luchen por ella pronto accede.
Preparan los caballos, y arrogantes,
el campo toman que a este fin conviene,
a un tiempo, sin señal, vuelven las riendas,
y el de la Blanca Luna le acomete,
que a dos tercios andados de carrera,
a encontrarle llegó con feliz suerte,
dando en tierra enseguida don Quijote.
Y la lanza apoyándole en la frente
el de la Blanca Luna, al punto dice :
—Vencido sois ahora y aun la muerte
os daré, si al momento no confiesa
la condición que ha poco hube de hacerle.
Desde el suelo y un tanto mal parado
responde don Quijote, débilmente :
—¡ Dulcinea del Toboso, es la más bella
de todas las bellezas que existieren... !
¡ Apriétame la lanza sin reparos,
y quitame la vida que me ofende !

Fué en la mañana ingrata de un mal día
que yo nunca quisiera que existiese,
pues soy de la opinión de don Antonio
Moreno, que buen juicio de ello tiene :
—Dios perdone el agravio que habían hecho
al mundo, en el loco a quien vencíades,
que siendo el más gracioso que en él hay
es el sublime loco, mal que pese.

EZEQUIEL. ORTIN

LIBRERIA DUBA

LIBROS DE TEXTO

*Compra y venta
de toda clase
de libros na-
cionales y
extranjeros*

Aribau, 17 - Tel. 31.659
BARCELONA

*Extenso surtido
en Literatura,
Arte, Medicina,
Derecho,
Música, etc.*

Los valores espirituales del Quijote

Palabras previas

En todo fruto del entendimiento existe un valor espiritual imponderable e independiente del objeto material, que puede apreciarse de diversos modos, según la trascendencia de la obra realizada. El artista, durante el desarrollo de su concepción, persigue no más que un ideal de perfección y belleza; y solamente cuando ha creado, cuando ha puesto en el arte el sello de su personalidad, piensa en el efecto que producirá al juicio público, no en el presente, sino en el curso del tiempo, revelador de la verdad inconcusa. Si esa obra apasiona, conmueve o admira, es innegable que contiene un valor espiritual insensiblemente creado y que perdurará como esencia del genio del autor.

Existe, sin duda, una inagotable fuente de energía espiritual que actúa de intenso modo como ideal que guía al pensamiento; mas sólo los elegidos, los que poseen la virtud de la máxima capacidad intelectual, pueden hacerla sensible, influenciando a los demás; es lo que podríamos llamar reflejo de la inspiración, principio creador, bondad de la causa, cosas abstractas que, sin embargo, constituyen altísimos valores espirituales.

Ninguna obra posee como el Quijote un caudal tan rico de estos valores, a nuestro entender poco estudiados; al intentar hoy este pequeño análisis de los mismos no pretendemos agotar el tema, y, por el contrario, dejamos amplio margen para que otros con más autoridad nos hagan saborear lo más recóndito de esas páginas admirables.

La razón de ser

Inmutable en espíritu, ofreciendo nueva labor al pensamiento, sobre la mesa está el viejo infolio que otras generaciones leyeron y guardaron como reliquia. Su fuerza atractiva nos inclina por fin a salir de la abstracción con un prolongado interrogante. He aquí «El Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha»; he aquí la magna epopeya del noble caballero y del buen Sancho; he aquí a su autor, el gran Cervantes. La sola evocación de esos nombres no nos habla de cosas que el tiempo ha hecho venerables en la conciencia universal?

Elos encarnaron el alma española en las múltiples formas con que alienta, de modo completo, sintetizando el genio de la raza en dos energías contrapuestas: espíritu y materia; idealismo y realismo.

Nosotros buscamos la razón de ser de esta concepción única, prescindiendo de todo lo exterior para penetrar en su psicología. A este respecto, nótese que si hablamos de una psicología del Quijote no es con el propósito de definir, pues nada menos exacto que la definición de «ciencia del alma»; ese concepto indefinible ¿no ha variado y continuará variando a compás del avance de la verdadera Ciencia? Por eso nos atendremos a los hechos tangibles que nos proporciona la observación directa.

Sabemos que Cervantes fué, ante todo, un escritor fiel a lo real; de tal modo, que aun lo no natural de su obra se convierte en realidad en virtud de su poderosa fuerza imaginativa.

Esos tres elementos fundamentales que quedan flotando como desprendidos de la acción después de la lectura y que representan la grandeza de don Quijote, la leyenda dorada de Dulcinea y la enorme trascendencia del papel de Sancho, no son sino manifestaciones visibles del hilo que une el pensamiento humano a la Naturaleza.

En ningún otro país vemos realizarse un hecho semejante al del Quijote; y es porque en el mundo no existe nada tan complejo o heterogéneo, tan diverso o dispar como lo que llamaremos personalidad española, de acuerdo ésta con el carácter accidentado del propio territorio y de la Naturaleza: de una parte, cielo transparente, estallante de luz; prados amenos, vegetación exuberante; optimismo, visión de triunfo; de otra, el día plomizo, desesperante; la montaña, la estepa; resignación callada.

El Quijote es universal porque la Humanidad entera está en él simbolizada; pero es, sobre todo, un libro español, creado para España y por España.

Cervantes es todo conciencia: piensa y sueña a un tiempo; anhela ennoblecer y embellecer la vida con el entusiasmo de su experiencia; y entre lo ideal y lo real vence esto último como suprema verdad. He aquí la razón de ser del Quijote.

La alta poesía del Quijote

No pretendemos hablar de la poesía sujeta a medida y cadencia; hay otra poesía sin marco limitado, de libre expresión, que brota espontáneamente y que está en todas partes. Nadie intente crearla artificiosamente, nadie le dicte reglas. Por definirla de algún modo la poesía en sí se nos representa como indefinible encanto que suspende el ánimo;

el verso, llamado también poesía, como expresión artística de la belleza por medio de la palabra. La primera definición es insuficiente: la segunda, injusta y en perjuicio de la primera, porque bajo la forma del verso se han dicho cosas muy distanciadas de la poesía y de la belleza.

Para nosotros, poesía es la percepción de lo bueno, lo bello y verdadero, y, por tanto, ante nuestros sentidos tiene siempre una forma desprendida de los objetos sensibles, inmaterial, viviente sólo en esencia y en espíritu.

Bajo este concepto, Cervantes ocupa el primer lugar en la Literatura española, y la poesía infinita que se desprende del Quijote está aún pendiente de una pluma que sepa definirla. En espíritu, su influjo ha sido grande en muchos poetas y escritores. Pero ¿qué es lo que constituye esa poesía delicada y sutil que exhala la lectura en ciertos pasajes? Es un algo insondable: un goce misterioso que el alma sólo entiende y recibe como alimento espiritual; ilusión de realidad en la abstracción del instante; la realidad misma, porque sin ella no habría poesía.

No basta a los poetas describir un paisaje y engalanar el relato con frases altisonantes: es preciso sentir lo que se escribe con la misma fuerza con que se ha de impresionar al lector: mas en la poesía del Quijote no se verifica esta condición: ella brota espontánea, sin deliberado propósito de producirla, en el autor; y es que Cervantes era poeta por naturaleza, según él mismo declara en la Introducción de «La Galatea»: «Para lo cual puedo alegar de mi parte la inclinación que a la poesía siempre he tenido».

El silencio de la noche, el despertar de la aurora, el murmullo del manso arroyuelo, las escenas pastoriles, el fuego de un sol de estío, la sombra en la floresta, todo ello con sus escenarios respectivos, es vivido en realidad por el lector, el cual, en pensamiento, se traslada automáticamente a un lugar semejante conocido por él.

Esta poesía, de inapreciable valor espiritual, la creó el genio de Cervantes y vivirá con la aureola de lo que nunca muere.

Los tres elementos principales

Don Quijote y Sancho Panza no pertenecen en este momento a la novela ni a la historia: son inmateniales, y así, queremos verlos fuera del campo

de las aventuras en su estado psíquico, en espíritu único, porque ambos son inseparables, como si el desequilibrio y la simpleza tuviesen el mismo contenido; y a fuer de justos, no queremos decir locura o necedad, ya que ni don Quijote es un loco ni Sancho un necio.

Elevándonos sobre nuestras propias ideas, buscando un punto de apoyo a tesis jamás expuestas, sublimando, en fin, las páginas que sobre ellos fueron escritas por sabios insignes, quisiéramos poder decir que esas dos figuras vivieron siempre, eternamente, en la historia, en el tiempo, y en la conciencia hispánica.

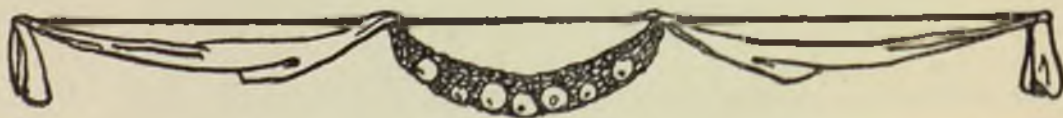
¡Qué desorientación la del pueblo en los tiempos precervantinos! Se lee lo místico y lo profano, lo romántico y lo picaresco. «Amadís de Gaula» triunfa al lado de «La Celestina»; y los caballeros siguen desencantando damas y venciendo gigantes al son de la música pastoril o de un toque de oración.

¿Se comprende ahora el gran mérito de Cervantes? El terminó con todo aquello a la sola presentación de los dos colosos manchegos, que si representaban en esencia el alma humana, eran también el genio español personificado. Fué eso la revelación de la verdad, reservada a un gran pensador, conocedor del corazón del hombre y poseedor de un don espiritual.

En el instante en que aparecen hidalgo y escudero, el mundo se reconoce a sí mismo y queda absorto en muda contemplación: ellos eran su esfige que hasta entonces no habían visto realizada en espíritu y en verdad.

Según sus ideales la Humanidad les atribuyó los más diversos y valiosos símbolos, como si verdaderamente tuviese necesidad de algo que marque su rumbo. ¿Espíritu, materia?, da lo mismo: ellos han vivido y vivirán como expresión de un ideal: humano en Sancho, con todos sus defectos; altruista y romántico, en don Quijote. ¡Ah, Dulcinea, mujer afortunada, hermosa manchega! Nosotros no la hemos visto más que en espíritu, pero sabemos que existes como lo sabía el noble caballero. ¿Qué sentido tendría la vida sin una grata esperanza mantenida hasta la hora de lo irremediable? También Dulcinea, eres inmortal.

ANTONIO MALDONADO RUIZ



Llibreria ROYO

LLIBRES ANTICS I MODERNS

ES COMPREN
GRANS I PETITES
BIBLIOTEQUES, PAGANT AL
COMPTAT EL PREU
MÀXIM

}

Rambla Santa Mònica, 14
Telèfon 23.862 - BARCELONA

L'ARXIU LLIBRERIA de
Joan B. Batlle
COMPRÀ I VENDA Via Diagonal, 442
DE LLIBRES VELLs BARCELONA

BIBLIOGRAFÍA CRÍTICA de ediciones del QUIJOTE

impresas desde 1605 hasta 1917,
recopiladas y descritas por
JUAN SUÑÉ BENAGES y
JUAN SUÑÉ FONBUENA

Obra, según dice D. Emilio Cotarelo
y Mori en sus *Últimos Estudios Cer-
vanticos*, «la más completa y exacta
de las publicadas, y libro indispen-
sable de todo cervantista».

Un volumen en cuarto mayor, de XXXI 485
páginas, ilustrado con profusión de facsimi-
les de portadas de ediciones del QUIJOTE.

15 pesetas

DE VENTA EN LA MISMA LIBRERÍA

ENCICLOPEDIA GRÁFICA

Se publica en fascículos
bimensuales, profusa y
prodigiosamente ilustra-
dos. Materias completas.

Acaban de aparecer:
Valencia, Suecia, Buenos Aires

En breve:

Burgos, La Mancha, El Quijote,
La Alhambra, La Moneda etc.

Fascículo suelto, 1,50

Suscripción a 12 núms., ptas. 18

Editorial Cervantes
Avenida Alfonso XIII, 382 - BARCELONA

Librería Lux Librería Central
Compra-Venta Compra-Venta
Aribau, 26 - Teléf. 72621 Muntaner, 42 - Tel. 32617
BARCELONA

PASAMOS A DOMICILIO DENTRO Y FUERA DE LA CIUDAD

Fraseología de Cervantes

Colección de frases, proverbios,
aforismos, adagios, expresiones
y modos adverbiales que se
leen en las obras cervantinas,
recopiladas y ordenadas por
JUAN SUÑÉ BENAGES
continuator de la edición crítica del
Quijote de D. Clemente Cortejón,
y premiado por la Real Academia
de Buenas Letras de Barcelona.

EDITORIAL LUX
Muntaner, 42 - BARCELONA

JOSÉ PORTÉ

LIBRERO

MONTESIÓN, 3 BIS, PRINCIPAL

Apartado de Correos 574
Teléfono 16.792

BARCELONA

Direc. telegráfica y cablegráfica:
PORTELIBER

*Libros raros, Antiguos y Modernos,
españoles y extranjeros*

INCUNABLES • MANUSCRITOS, ESPECIALMENTE EN LENGUAS
ROMÁNICAS Y CON MINIATURAS • OBRAS AGOTADAS.
IMPRESIONES ARTÍSTICAS Y LIMITADAS,
MODERNAS • ENCUADERNACIONES AR-
TÍSTICAS E HISTÓRICAS • DIBUJOS.
AUTÓGRAFOS • GRABADOS.
CERVANTINA



*Gran surtido de obras de estudio:
Arqueología, Bellas Artes, Derecho, Medicina, Religión, etc.*

INFORMACIONES BIBLIOGRAFICAS GRATUITAS

Se solicita de los señores Bibliotecarios y Bibliófilos,
listas de obras que precisen y especialidades que cultiven.

SE ENVIAN GRATIS CATALOGOS DE OBRAS EN VENTA

Se envía gratis, a quien lo solicite, el boletín periódico COMPRA, especial-
mente creado para la busca de obras raras o agotadas, en el cual vienen descri-
tos centenares de artículos que compramos y pagamos a muy buenos precios.

**Se compran al máximo precio
Bibliotecas y lotes de libros**



**EL INGENIOSO
HIDALGO DON QUIJOTE de la Mancha.**

*Compuesto por Miguel de Cervantes
Saavedra.*

**DIRIGIDO AL DVQUE DE
bejar, Marques de Gibraleon Conde de Benalcazar, y
Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor
de las villas de Capilla, Curiel,
y Bùrguillos:**



**Impreso con licencia , en Valencia , en casa de
Pedro Parricio Mey , 1 6 0 5 .**

**A costa de Iusepe Ferrer mercader de libros,
delante la Diputacion,**

Facsimile de la portada de la segunda edición de Valencia

EDICIONES DEL QUIJOTE

PUBLICADAS POR LA

EDITORIAL MAUCCI

DE BARCELONA

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Edición EXCELSIOR. — Un tomo de 600 páginas, a dos columnas, tamaño folio 22 por 32, con un conjunto de 683 grabados al boj, y notas de Don Juan Eugenio Hartzenbusch, adicionado con el EL BUSCAPIE, impreso en papel satinado y claros caracteres. — Un tomo encuadernado en piel y tela con plancha dorada, **25 pesetas**. En rústica, con cubierta en tricromía, **15 pesetas**.



DON QUIJOTE DE LA MANCHA

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Novísima edición del Centenario, en papel Biblia y tipos nuevos y clarísimos. — Un volumen 16 por 11 y 2 de grueso, de 928 páginas, y 265 gramos de peso, en tela flexible, **6 pesetas**.

DON QUIJOTE DE LA MANCHA

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Edición popular y económica con láminas. — Dos tomos 18 por 13, de 928 páginas, **4 pesetas** en rústica y **7** en tela.